Las heridas del viento

Juan Carlos Rubio

«A mi padre. Por todo lo que no sé de él»

PERSONAJES

DAVID.

JUAN.

La acción tiene lugar en diferentes espacios y tiempos. Los cambios están sugeridos sólo por la iluminación y unos cuantos y mínimos elementos del *atrezzo*.

Acto I

Escena I

El escenario está a oscuras. Oímos el rumor del viento, primero lentamente, como en un susurro. Luego, con más intensidad, más violencia, hasta que desaparece de repente.

Un foco cenital ilumina la figura de un hombre de unos treinta años. Va vestido de negro de la cabeza a los pies. Su expresión es serena, como de alguien que nos cuenta

algo que fue muy importante en su momento pero que ya, sin dejar de preocuparle, ha ocupado al fin el lugar y el sosiego que se merece. Se dirige al público directamente, como si este diálogo fuera una situación normal.

DAVID.- Empecé a conocer a mi padre el día en que murió... Un poco tarde, ¿verdad?... ¿O quizá era el momento adecuado? **(Parece reflexionar un instante sus propias palabras. Al fin, tras una pequeña pausa.)** Mi padre siempre fue muy amigo de los refranes... Le gustaba especialmente ése de «Nunca es tarde si la dicha es buena»... Bien, por una sola vez, tuve que darle la razón... **(Tras una nueva pausa.)** Papá, mereció la pena esperar tanto.

(La luz cenital desaparece.)

(Poco a poco va tomando presencia otra parte del escenario. En ella hay una mesa y una silla. Sobre la mesa una pequeña lámpara, algunos papeles, un teléfono y unos fajos de cartas. DAVID **se acerca.**)

DAVID.- Mi padre, además de refranero, era un hombre muy metódico: un sitio para cada cosa y una cosa para cada sitio... La familia, por supuesto, no se libró de este implacable orden... Yo siempre fui el pequeño, el que iba detrás del segundo que a su vez se situaba detrás del primero. Perfecto... El lugar que ocupaba mi madre nunca lo tuve tan claro. Y me temo que ella tampoco... Puede que ahora que mi padre reposa a su lado tengan tiempo de hablar un poco... Y es que la falta de comunicación ha sido siempre otra de las constantes familiares. Nunca hablábamos de este tema. Ni de aquél... Ni de otros muchos... Nunca hablábamos de nada que no fuera perfectamente trivial y perecedero. Perfectamente civilizado...

(DAVID **enciende la lámpara que hay sobre la mesa.)**

DAVID.- Por eso, cuando mis dos hermanos delegaron en mí el reparto de la herencia paterna, la tarea, más que

desagradarme, me imbuyó de una secreta esperanza... Quizá entre los recuerdos de mi padre pudiera encontrar algo, un dato perdido, una nota olvidada, un recorte mal clasificado que me hiciera sospechar por un instante que debajo de aquel carácter imperturbable existía un ser humano con dudas, fantasías, temores...¿amor?

(DAVID **coge el teléfono.)**

DAVID.- **(Habla con un supuesto interlocutor.)** Bien, bien... Aquí... Me gustaría decir poniendo en orden las cosas de papá, pero eso es imposible... Más bien son ellas las que me ponen en orden a mí... Jamás he visto nada tan meticulosa y aburridamente organizado...

(DAVID **enciende un cigarrillo.)**

DAVID.- No, no estoy fumando, ya sabes que lo he dejado... **(Cambia de tema.)** Oye, ¿tú sabías que tiene todos los sellos editados en Guinea del año 67 al 98? **(....)** ¡Y yo qué sé por qué Guinea! Supongo que, como fue colonia y él siempre tuvo ese ramalazo imperialista... **(....)** Sí, fotos hay muchas...

(DAVID **coge una foto y la mira.)**

DAVID.- Cada una con una nota manuscrita en la que se puede leer el lugar donde fue tomada, el día, la hora y creo que hasta el nivel de humedad ambiental... **(Molesto porque su hermano no capte la ironía.)** Manuel, claro que el nivel de humedad no viene... **(Al público, tapando el teléfono con el pecho.)** Olvidé decirles que mi hermano Manuel salió a mi padre. Quizá por eso de ser el primogénito... **(Se encoge de hombros.)** Pero es un buen chico... **(De nuevo al auricular.)** Sí, ahora me voy a meter con la correspondencia...

(DAVID **cuelga. Da una última calada al cigarrillo y lo apaga.)**

DAVID.- **(Por el cigarro.)** No se lo digan a nadie, ¿de acuerdo?

(DAVID **coge unos tacos de cartas.**)

DAVID.- La cartas de mi padre, como no podía ser de otra manera, estaban milimétricamente clasificadas, como el reluciente directorio de un gran almacén: felicitaciones, primer piso; compromisos sociales, planta sótano...

(DAVID **tira sobre la mesa los tacos de cartas.)**

DAVID.- Nada que merezca ser destacado... Era lo último que me quedaba por repasar... ¿O no?

(La luz que ilumina la mesa se desvanece lentamente. En el otro extremo del escenario, un nuevo foco cenital ilumina una caja negra de metal, de esas que llevan candado y llave.)

DAVID.- No sé como no me había fijado antes en aquella caja...

(DAVID **se acerca a la caja. Se arrodilla junto a ella. La observa con fascinación**)

DAVID.- De unos treinta centímetros de ancho, veinte de fondo, cuarenta de alto... Metálica... De color negro... Con un candado... ¿Por qué nos fascinarán tanto los objetos puestos bajo llave? Supongo que uno tiende a pensar que aquello que se guarda bajo el amparo de una cerradura es más valioso, más íntimo... **(Tras una pausa, sonríe evocador.)** Recuerdo una vez, no tendría yo más de seis o siete años, que vi a papá guardar algo... En aquella ocasión el continente no era una caja

metálica, sino su gran escritorio de madera... «Este escritorio cuesta un potosí. Es de auténtico sándalo...». Papá guardó dentro, con celo, unos caramelos que algún familiar nos había enviado desde alguna provincia que ahora no recuerdo... Mi curiosidad y apetito infantiles no repararon en sándalos, cerraduras o procedencias y aquellos caramelos, que por cierto, estaban como una verdadera piedra, acabaron en mi poder... Mi padre descubrió el hurto y organizó tal cacería doméstica para encontrarlos que cualquier expedición africana hubiera palidecido humillada... Y los encontró. Vaya si los encontró. No los caramelos que, aterrorizado, trague uno tras otro, con la consiguiente indigestión... Pero sí los envoltorios... Cuando eres niño crees que es suficiente con que tú no veas algo para que ese algo no te vea a ti o no sea visto por nadie más. Una ecuación simple y entrañable, pero por desgracia falsa... Debajo de mi cama estaban desparramados los delatores envoltorios... Mi padre fue severo al encontrarlos... Incluso muy severo... Me llevó al despacho y delante, cómo no, de su carísimo escritorio de sándalo, golpeó mi trasero... Un golpe por cada caramelo. Y uno de propina por... ¡Bah!, no recuerdo por qué... Porque le dio la gana, supongo... La violencia nunca ha necesitado argumentos... **(De vuelta a la caja.)** Y ahora estaba aquí, delante de mí, una nueva ocasión de desafiar a mi padre, de penetrar en sus secretos... Y esta vez los azotes en el culo no le iban a servir de mucho...

(DAVID **agarra un martillo que reposaba en la oscuridad y golpea con violencia la caja. Tras dar un par de golpes mira al público.)**

DAVID.- **(Justificándose.)** No encontré la llave...

(Y golpea de nuevo la cerradura hasta que consigue abrirla. Tras dejar el martillo, saca del interior de la caja unos fajos de sobres y cartas amarillentas. DAVID **se toma su tiempo para observarlas.)**

DAVID (Al público.).- En su interior había amontonadas, sin orden ni concierto, al menos treinta o cuarenta cartas, algunas de ellas rotas y vueltas a pegar con mimo, como si el receptor de

aquellas misivas hubiera pasado por diferentes estados de ánimo después de leerlas... ¿Por qué aquellas cartas no se encontraban clasificadas entre las anteriores? ¿Por qué mi padre les había conferido el rango de «especiales» como a aquellos provincianos caramelos y las guardaba bajo llave?... En cualquier caso, era un caos tan reconfortante en mitad de aquel milimétrico campo de concentración, que las dejé caer todas en el suelo y las contemplé un buen rato...

(DAVID **deja caer las cartas. Las observa. Después, coge algunas. No traen remite.**)

DAVID.- Ningún remite. Pero el destinatario siempre escrito con la misma letra: firme, rotunda, como satisfecha de conocerse, como segura de sus capacidades...

(Deja caer esas cartas.)

DAVID.- ¿Quién sería aquel anónimo interlocutor capaz de desencadenar en él un registro de sentimientos tan alejados de lo cotidiano? Para que les quede claro, mi padre era la típica persona que si rompía algo era porque quería romperlo... Sin duda. Él sabía lo que le convenía... Nunca un paso atrás... Darlo significaría reconocer que fue un error su anterior decisión. Y mi padre nunca, me oyen, nunca se equivocaba... **(Mira el sobre roto y vuelto a pegar.)** O eso creía yo...

(DAVID **elige otro sobre, al azar. Saca la carta y comienza a leerla en voz alta.)**

DAVID.- «Querido, Rafael... Tres semanas ya sin verte y todo lo que puedo decir es que nada ni nadie consigue alejarte de mi memoria, perturbada por tu ausencia insaciable, por tu evocador recuerdo...»

(DAVID**, sorprendido, deja de leer.)**

DAVID.- **(Atónito.)** Juro que por un momento pensé que me había equivocado de herencia...

(DAVID **consulta de nuevo las señas escritas en el sobre.)**

DAVID.- Pero no... **(Tras una pausa.)** ¿«Ausencia insaciable»? ¿«Evocador recuerdo»? Esta carta no podía estar dirigida al dueño del escritorio de madera de sándalo que yo conocía...

(DAVID **sigue leyendo, cada vez más fascinado.)**

DAVID.- «Los días transcurren llanos, anchos, como una meseta estéril en la que no florece nada si tú no caminas a través de ella... Dentro de una semana te soñaré en mis brazos, en mi boca, en mi sexo... Y pediré al reloj que detenga su calculado castigo, imaginando un mundo en el que nada, excepto tú y yo y este amor que me domina, sea como es sino como debería ser... Te quiero tanto que me duele hasta escribirlo... »

(DAVID **levanta la vista de la carta.)**

DAVID.- Aquí tuve que interrumpir mi lectura por segunda vez... ¿Es posible querer tanto que duela? **(Niega con la cabeza.)** No... No es posible... ¿O sí lo es? A pesar de lo cursi de la expresión, me pareció una frase hermosa... **(Irónico.)** E inaudita, sabiendo a quien iba destinada... ¿Era posible que alguien sintiera esa fuerza descontrolada, esa pasión arrolladora por Rafael Duque? ¿Mi padre? A pesar del estupor absoluto que todo esto provocaba en mí, aún tenía por delante un descubrimiento mejor...

(DAVID **vuelve a leer la carta.)**

DAVID.- «Soñaré contigo cada noche, cada día, con mis ojos abiertos y cerrados, con mi alma lejana y huérfana sin ti...

Adiós, amor... »

(DAVID **levanta la vista. Parece desconcertado, como si conocer la identidad de la persona que firmaba aquellas palabras provocara en él una verdadera tormenta.)**

DAVID.- Juan... ¿Juan?

(DAVID **vuelve a releer el nombre del firmante.)**

DAVID.- ¡Mierda! ¡Juan? **(De nuevo al público, un poco más calmado, pero rebosante de energía.)** Toda aquella sarta de poesía barata, de despropósitos amorosos, de empalagosos halagos... ¿los firmaba un hombre? ¡Juan!... Pero, ¿quién era mi padre? ¿Quién? (**Levanta la vista al cielo. Parece dejar salir de sí mismo toda su rabia hasta ahora controlada.)** ¡Quién eras, padre? ¡Dímelo! ¡Tengo derecho a saberlo! ¡Quién?

(Oscuro.)

Escena II

En la otra esquina del escenario comienza a tomar presencia un círculo de luz. Un hombre de unos sesenta años, un tanto extravagante en su indumentaria, da la espalda al público. Parece molesto, con un tono de voz casi infantil, como si la regañina fuera destinada a alguien de corta edad. No podemos ver su rostro.

JUAN.- No, maldita sea, no... Has vuelto a hacerlo, y esta vez, no... No te voy a perdonar... ¿Quién te crees que soy yo? ¿Eh? ¿Un fantoche? ¿Un fantoche viejo y decrépito? No me lo dices pero lo piensas... Clavas en mí tus enormes ojos azules y te ríes... Por dentro, pero te ríes. Y las cosas que no ves

claramente, pero intuyes, hueles, son las que consiguen sacarme de mis casillas... Pues ahora no, ahora ya has sobrepasado el límite de mi proverbial paciencia... **(Solemne.)** Ya no te quiero... No vengas con arrumacos ni caricias... No te quiero... Quisiera decir que ya nunca te querré, pero sabes de sobra que eso es imposible, que mis odios eternos apenas duran más que uno de mis dolores de cabeza, enojoso tema que últimamente me trae de cabeza, como no podía ser de otra manera...

(JUAN **se gira. Descubrimos su rostro. Su piel está ajada por los años, pero nada ha conseguido apagar el brillo de su mirada, extrovertida, directa y un tanto burlona. Se acerca a un vaso de agua que hay sobre la mesa y echa en él una aspirina efervescente. Ignora al público, continuando su monólogo interior.)**

JUAN.- Todo el mundo me dice que le tengo muy consentido... Y yo lo sé, pero... **(Se encoge de hombros.)** Creo que lo mejor es que le perdone de inmediato, no se me vaya a traumatizar... Más que nada porque no estoy muy seguro de que existan psicólogos para gatos. Y además, teniendo en cuenta lo de las siete vidas, la factura puede ascender a niveles insostenibles... **(Llama a su gato.)** José Antonio, ven aquí... ¡José Antonio!... ¡Bah!, nunca me hace ni caso... Quizá no le gusta su nombre... A mí tampoco me gusta el mío, pero al menos contesto cuando me llaman... «Oye, Juan» y yo me acerco, digo «¿sí?» y hasta sonrío... Bueno, he de reconocer que eso depende de quién me llame... A los hombres les sonrío más que a las mujeres, a los jóvenes más que a los viejos, a los morenos más que a los rubios, a los guapos mucho más que a los feos... Ya, ya sé que es injusto racionar mi alegría en base a una frívola apariencia externa, pero... ¿quién narices se inventó eso de que la vida es justa?

(JUAN **mira debajo de la mesa.)**

JUAN.- ¡Asoma ese bigote escurridizo!... Pero él no... Él siempre ha tenido mucha vida interior, mucho estilo propio y mucha independencia... Claro que todo eso hasta que abro su lata de comida. En ese justo momento viene y se frota

lujuriosamente contra mi gemelo izquierdo... No sé por qué esa preferencia siniestra... Entonces, ¡dónde queda tu vida interior, tu estilo propio y tu maldita independencia...? Te vendes por un poco de carne... Pareces humano... ¡José Antonio! Le puse así por un novio mío... No es que tuviera cara de gato, pero como él tampoco me hizo nunca caso, me pareció oportuno hermanarlos...

(Suena el teléfono.)

JUAN.- Espero que no sea José Antonio... **(Aclara.)** Ninguno de los dos... Claro que, pensándolo mejor, si mi gato me llamara por teléfono más que al psicólogo podría llevarlo al circo...

(Lo descuelga, pero antes de contestar mira al público.)

JUAN.- **(Burlón.)** Sé que están ahí, espiándome, escudriñándome, pensando «éste es el que enviaba las cartas, esas amarilleadas por el tiempo»... Pues sí soy yo... Podía haber sido más bajo, más feo, más viejo... Pero no, soy yo... tal cual... **(Sonríe.)** Y sé que saben quién llama al teléfono... David, el hijo de Rafael, ¿verdad?... No es que ustedes sean muy listos, es que se lo pusimos muy fácil, reconózcanlo... Así, que pensándolo mejor, saltemos los prolegómenos y vayamos al grano... Siempre he odiado lo previsible... Por eso no me gusta la vida, sé como va a acabar...

(JUAN **cuelga el teléfono sin haber contestado.)**

JUAN.- Sí, era David. No me pregunten como consiguió mi teléfono, pero lo consiguió y quería verme... Verme y hablarme de algo relacionado con la herencia de su padre...

(DAVID **se acerca a una de las sillas, y la va colocando junto a** JUAN **mientras éste sigue hablando.)**

JUAN.- Yo ya sabía que Rafael había muerto. La noticia no me hizo llorar... Ni reír... Tan sólo me senté en un viejo banco del parque y miré al cielo... Tan sólo miré al cielo esperando sentir algo... No lo conseguí... Supongo que cuando uno llora demasiado en la vida, hay dos clubs a los que puedes terminar perteneciendo: el de los que lloran por todo y el de los que ya no lloran por nada... Me di cuenta en ese instante que me había hecho miembro de este último... Así que miré al cielo y respiré... Y me di cuenta que el aire que llenaba mis pulmones era lo único auténtico que tenía a estas alturas de mi vida...

(DAVID **se sienta en la silla, inmerso en sus pensamientos.** JUAN **le rodea.)**

JUAN.- Su voz no se parecía en nada a la de su padre... La de Rafael era seca, rotunda, sólida... La de su hijo es dulce, insegura, gaseosa... Me gustan las personas inseguras, que cambian de opinión constantemente, que consiguen que cada minuto vivido modifique su punto de vista y sus principios... No hay nada más cercano a la muerte que las creencias sólidas e inalterables, sean del tipo que sean... **(Mira de nuevo a** DAVID**.)** Le invité a venir... Sentía curiosidad por conocerle... Rafael se hubiera puesto tan nervioso de habernos visto juntos...

(JUAN **se acerca aún más a** DAVID**, casi puede rozarle, y aspira su olor, como en una ceremonia de aproximación. Tras ello, se aleja unos pasos. Los dos hablan al fin como si estuvieran en el mismo sitio.)**

JUAN.- ¿Cómo me has localizado?

DAVID.- Preferiría no decirlo...

JUAN.- Uno sólo se calla aquello que le avergüenza... Pero es igual... ¿Seguro que no quieres tomar nada?

DAVID.- **(Un poco cortado.)** Seguro...

JUAN.- ¿No bebes en horas de trabajo?

DAVID.- No estoy trabajando...

JUAN.- Bueno, ese asunto de la herencia seguro que no es una fiesta...

DAVID.- Son las cosas de mi padre. Debo arreglarlo todo.

(JUAN **se sirve una copa de coñac.)**

JUAN.- Cuando murió mi hermana yo también tuve cosas que arreglar, un tremendo lío de papeles, ¿sabes? Libretas bancarias que no conocía, acciones, bienes inmuebles... Estuve viviendo cincuenta años al lado de una millonaria sin darme ni cuenta... Absurdo... Si uno es millonario y no lo parece se pierde el principal atractivo de serlo, ¿no? Pero Asun no pensaba así, no, no... Ella era sensata hormiga y yo lasciva cigarra... Quería ahorrar «por si en un futuro...». Supongo que en los puntos suspensivos que coleaban tras la palabra «futuro» nunca se le ocurrió escribir mi nombre... Era más joven que yo... Y desde luego, mucho más preparada para las finanzas... Pero ya ves... La hormiga cayó fulminada por un infarto y la cigarra bebe coñac francés en copas de cristal de bohemia... **(Le tiende su copa.)** ¿Seguro que no quieres tomar un poco?

DAVID.- No, gracias... **(Carraspea.)**

JUAN.- **(Sonríe.)** Ah, ¿ya me vas a decir a qué has venido? ¿No dedicamos un poco más de tiempo a estos juegos aproximatorios donde uno divaga de lo divino y lo humano antes de lanzarse a las arenas movedizas de los intereses?

DAVID.- No he venido movido por ningún interés.

JUAN.- **(Como si hablara a un niño.)** No, no, no... Mentiroso...

(A DAVID **no le gusta que le trate como a un crío, pero se calla.** JUAN **se sirve una copa de coñac.)**

JUAN.- **(Normal.)** Todo lo que hacemos lo hacemos por interés... Trabajar, hablar, escuchar... Y amar. Sobre todo amar... No hay nada más egoísta que el amor...

DAVID.- Veo que tiene un concepto un tanto pesimista de la vida.

JUAN.- Qué remedio. Cuando tengas mi edad te darás cuenta de que la vida no es más que una broma pesada...

DAVID.- Perdone, pero usted no tiene ni idea de cómo seré cuando tenga su edad.

JUAN.- Es posible... Además, por suerte, no estaré allí para comprobarlo... Pero, al menos, reconoce que tengo una visión global del asunto. Yo ya he sido joven... Tú, en cambio... Dame un voto de confianza... **(Bebe de su copa.**) Pero, perdona, soy un maleducado, estabas a punto de decirme algo... Si quieres carraspear otra vez retomamos el hilo donde lo dejaste.

DAVID.- He venido a hablar de mi padre...

JUAN.- **(Teatral.)** ¿Qué me dices? Pero, pero, pero, no puedo creerte...

DAVID.- Perdone, ¿es mi sensación o se está riendo de mí desde que entré por esa puerta?

JUAN.- No, no es tu sensación... Me río de ti. Pero también lo hago de mí... De todo el mundo... Hasta de José Antonio... Por cierto...

(JUAN **da la espalda a su visita y busca por un rincón.)**

JUAN.- ¡José Antonio! **(A** David**.)** Mi gato... Maldito bicho malcriado... ¡Asoma tu cola ahora mismo o mejor no vuelvas nunca! **(A** DAVID**.)** Continúa, te escucho.

DAVID.- Quizá prefiere que vuelva en otro momento, cuando esté más tranquilo... O al menos, cuando haya aparecido su mascota...

(DAVID **se levanta.** JUAN **va a su lado.)**

JUAN.- No, no, te escucho... Perdona de nuevo. He renegado de tu charla tres veces, sólo falta que cante el gallo. Claro que San Pedro tenía una excusa, podían crucificarle cabeza abajo, y

eso debe de ser como molesto ¿no?... Pero yo, a fin de cuentas, sólo busco a un gato casquivano...

(DAVID **vuelve a sentarse.** JUAN **también lo hace, frente a él. Los dos están de perfil al público.)**

JUAN.- Soy todo tuyo...

DAVID.- **(Busca las palabras.)** He encontrado unas cartas de mi padre.

(DAVID **mira a** JUAN **esperando alguna reacción. Pero ésta no se produce.)**

DAVID.- Escritas por usted...

(DAVID **le mira de nuevo. Los dos se quedan en silencio.)**

DAVID.- **(Titubea.)** ¿No... no tiene nada que decir?

JUAN.- Pues no... ¿Tienes tú algo que preguntar?

DAVID.- Esas cartas... **(Tras una pequeña pausa.)** Son cartas de amor.

JUAN.- ¿De amor? **(Rotundo.)** No... No sólo de amor, no... En todo caso serán cartas de amor y de pasión, de fuego, de deseo...

DAVID.- Bueno, son formas de decirlo...

JUAN.- Pero nene, la forma lo es todo... Hazme caso. Una vida está hecha de amenas formas, no de aburridos contenidos... Los contenidos son puros, obvios, sencillos... Las formas te permiten más matices, más juegos...

DAVID.- Llámelas como prefiera, pero cartas entre dos hombres: usted y mi padre...

JUAN.- **(Sonríe divertido.)** ¿Eso crees?

DAVID.- No lo creo, lo sé, las he leído...

JUAN.- No creas todo lo que lees... Ni lo que ves... Y algunas veces ni lo que vives...

(DAVID **saca unas cartas de su bolsillo.)**

DAVID.- En algunas ocasiones es difícil no creer...

(Se las alarga. Ante su vista, JUAN **parece recordar sensaciones lejanas, ya casi olvidadas. Alarga la mano y las coge. Las mira y las huele, sobre todo las huele.)**

JUAN.- Siempre pensé que las habría destruido...

DAVID.- De haber sabido que iba a morir seguramente lo habría hecho...

JUAN.- **(Irónico.)** Todos vamos a morir. Hay que ser estúpido para creerse inmortal... Y hay cosas que es mejor no dejarlas para el último momento... **(Mira de nuevo las cartas.)** Hace tanto que... **(Se calla.)**

DAVID.- ¿Le parece mal que yo haya leído esas cartas?

JUAN.- No... Me parece mal que en su momento no las leyera todo el mundo, pero ahora... **(Mira las cartas.)** No, me alegro mucho que estén en tu poder... Hubiera sentido que estuvieran en manos de tu madre... La sufrida esposa, qué vergüenza...

DAVID.- ¿La conocía?

JUAN.- Sí. Nos vimos en un par de ocasiones... Una buena mujer, sin personalidad, eso sí... Ah, perdona que hable así de tu madre, pero si me preguntas...

DAVID.- Sólo le he preguntado si la conocía, no su opinión de ella...

JUAN.- Quizá yo me ría de ti, pero a ti te veo un poco... ¿a la defensiva?

DAVID.- ¿Cómo estaría usted si yo ofendiese a su madre?

JUAN.- ¿Yo? Encantado... Para serte sincero nunca la

soporté... Siento reventar todos los estereotipos gays de mi generación... No copla, no pañuelo al cuello, no mamita adorada... Pero déjame que te aclare algo: yo no he ofendido a tu madre. Sólo he dicho que era una mujer buena, pero sin personalidad. Generalmente estos dos términos van unidos... ¿Cuánta gente buena con personalidad conoces?

DAVID.- No lo sé, pero creo que se confunde demasiado a menudo personalidad y mala leche...

JUAN.- Mira, ése es un buen tema para un debate: «Personalidad y mala leche ante el nuevo milenio...» **(Apura su copa.)** ¿Seguro que no quieres que te sirva una? Invita Asun... Y ella siempre fue muy educada con las visitas...

DAVID.- No... Quiero que me hable de mi padre.

JUAN.- Vaya, pensaba pedirte lo mismo. Supuse que tú le conocerías al menos un poco... Veintitantos años junto a alguien no es lo que se suele decir un «aquí te pillo aquí te mato».

DAVID.- ¿Eso fue lo suyo con él?

JUAN.- **(Serio.)** No tan rápido...

(Los dos se quedan un instante en silencio.)

DAVID.- Tengo treinta y un años...

JUAN.- Aparentas menos... Chico con suerte. Yo, en cambio, siempre he aparentado mi edad... Una desgracia como otra cualquiera.

DAVID.- Y sólo le conocí como hijo...

JUAN.- ¿Te parece poco?

DAVID.- Sí, muy poco...

JUAN.- Entonces es que no le conociste en absoluto... Siempre me ha sorprendido el interés de las personas por conocer a los demás en una faceta distinta a la que se nos presentan... Todos tenemos derecho a una buena ración de misterio.

DAVID.- La mentira es distinta al misterio.

JUAN.- Ajá... ¿me puedes explicar la diferencia?

DAVID- La mentira tapa las cosas. El misterio sólo las envuelve, dándoles un halo de magia...

(JUAN **se gira hacia el público.** DAVID **permanece en silencio, como suspendido en el tiempo.)**

JUAN.- Era listo, muy listo... Más que su padre, seguro... Quería jugar, no sé si consciente o inconscientemente, qué más da... Yo le di juego...

(JUAN **vuelve de nuevo a hablar con** DAVID**.)**

JUAN.- Bien, hablaremos de tu padre... Pero no hoy. Estoy cansado, me estalla la cabeza y tengo un gato prófugo... Vuelve mañana. Y trae todas las cartas, me gustará releerlas...

(JUAN **se sirve otra copa.** DAVID **coge su silla y la lleva a otro rincón del escenario.)**

DAVID.- **(Tranquilo, al público.)** Estaba jugando conmigo, pero le dejé hacer... Mi curiosidad era tan grande que estaba dispuesto a pagar el peaje de la burla... Definitivamente, un tipo extraño, alejado cien mil kilómetros de mi padre... ¿Qué tendrían en común? ¿Qué les haría emparejarse? ¿Por qué ese amor?

(DAVID **saca un cigarrillo y lo enciende. En otro rincón del escenario,** JUAN**, de pie, relee algunas de las cartas que** DAVID **le ha traído.)**

JUAN.- **(Lee una de las cartas.)** «Hola, Rafael... Te escribo esta carta desesperadamente, como todos mis actos cuando tienen que ver contigo, como todos mis días desde que te conozco... Nunca hubiera supuesto un amor así...» **(Al público.)**

Es malo suponer, sobre todo en los temas del corazón, que tienen más que ver con la lotería que con la matemática, aunque eso es un lugar común que por supuesto ustedes ya han visitado... Al menos una vez en la vida hay que liarse la manta a la cabeza y tirarse a una profunda sima... El golpe suele ser muy doloroso, pero esa caída libre es inolvidable... **(Vuelve a la carta.)** «Nunca hubiera supuesto un amor así... Nunca hubiera soñado con una hiel más dulce, un dolor más placentero... » **(Deja de nuevo de leer la carta.)** Rafael, al fin puedo decírtelo: Destrozaste mi vida... Y ahora tu hijo quiere conocerte mejor... **(Sonríe amargamente.)** Qué tentador, querido, qué tentador...

(Oscuro.)

Escena III

JUAN **y** DAVID **vuelven a estar juntos. Ahora es** JUAN **quien permanece sentado mientras** DAVID **pasea curioso observando sus cosas.**

DAVID.- ¿Y qué? ¿Encontró a su gato?

JUAN.- No me llames más de usted, por favor... Sé que soy una reliquia, pero tengo aún un punto de coquetería que ni tú ni nadie podrá destruir...

DAVID.- Está bien... ¿Encontraste a tu gato?

JUAN.- No...

DAVID.- ¿Y no te preocupa?

JUAN.- No... Hay tantas cosas en la vida que no he encontrado. Una más no me matará... Pero para tu tranquilidad te diré algo fundamental: no tengo gato.

DAVID.- **(No da crédito.)** ¿Qué?

JUAN.- No tengo gato... José Antonio murió hace más de cinco años. Por un lado mejor, así no me llena la casa de pelos... Pero sigo hablando con él, me relaja... No me mires como a un

viejo loco. Al menos ten la decencia de mirarme como un loco y punto.

DAVID.- Me parece triste.

JUAN.- ¿Qué es triste?

DAVID.- Hablar con alguien que ya no está.

JUAN.- Siento decirte que es más o menos lo que tú estás haciendo: hablar de alguien que ya no está.

DAVID.- Pero yo al menos hablo de ese alguien con alguien que sí está: tú.

JUAN.- No te confundas. Yo tampoco estoy. No soy más que un reflejo, un espejismo en mitad del desierto que atraviesas... Háblame de ti.

DAVID.- No quiero hablar de mí.

JUAN.- Pero yo sí. ¿Cómo eres?

DAVID.- No lo sé. Supongo que una persona normal.

JUAN.- Márchate entonces. No quiero en mi vida personas normales, sólo deseo seres extraordinarios... **(Divertido.)** ¡Vete!

DAVID- Mi padre era un ser normal. Y tú le amaste durante muchos años.

JUAN.- Supongo que sí, pero yo no lo elegí. Uno no elige el amor. Uno elige un trabajo, una ciudad, unos amigos... Pero el amor es un golpe de estado, no pregunta, no actúa democráticamente. Tu padre era normal pero el amor lo convirtió en alguien especial para mí, aunque no lo fuera... ¿Tienes novia?

DAVID.- No... **(Al ver la mirada de** JUAN**. Un poco serio.)** No soy gay.

JUAN.- Yo no he dicho nada.

DAVID.- Pero lo piensas.

JUAN.- ¿Puedo pensar lo que me dé la gana?

DAVID.- No me gusta que piensen cosas de mí que no son verdad.

JUAN.- Pues pégate un tiro, nene. El mundo está lleno de pensamientos equivocados... Seguro que tú tienes más de uno.

DAVID.- No lo creo.

JUAN.- Que tú lo creas no te da la seguridad.

DAVID.- No soy homosexual, ¿de acuerdo?

JUAN.- No me refería a eso, pero en fin...

DAVID.- ¿Te importa si fumo?

JUAN.- En absoluto... No me molestan los vicios ajenos, solo los míos. Y no demasiado... ¿A qué te dedicas?

(DAVID **se enciende un cigarrillo.)**

DAVID.- Soy arquitecto.

JUAN.- Un artista, vaya.

DAVID.- No es muy creativo levantar viviendas de protección oficial.

JUAN.- Pues debería serlo. En tus manos está que muchas personas sean felices el resto de su vida. Hazles el favor de ponerles el baño cerca del dormitorio... Cuántos kilómetros en balde recorridos a lo largo de los años... Y que ese dormitorio esté bien insonorizado, para que puedan hacer el amor por todo lo alto, sin escamotear gemidos por temor a ser escuchados por la suegra...

DAVID.- **(Sonríe un poco más relajado.)** Lo haré... ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

JUAN.- Ahora a nada, ya te dije. Asun era un as de las finanzas.

DAVID.- ¿Y antes?

JUAN.- Fui maestro. De niños... No, no me despidieron por levantarle el babi a ninguno... Lo dejé yo. Un buen día no quise salir de la cama... Me quedé en casa. No volví... Supongo que perdí interés por enseñar nada a nadie. Es una tarea imposible... Las cosas se aprenden cuando uno quiere, no cuando se

empeñan en metértelas en la cabeza. Y a esa edad sólo se quiere jugar, y reír... Lástima no ser niños toda la vida.

DAVID.- ¿Cómo conociste a mi padre?

JUAN.- Vaya, comienza la conferencia... Permíteme entonces que me ponga en pie... Para hablar de cosas serias me gusta meter barriga, sacar pecho y engolar la voz...

(JUAN **se pone en pie.)**

JUAN.- Fui al bufete de tu padre... Necesitaba un buen abogado que me sacara de un tremendo lío a cuenta de una hipoteca vencida... Siempre fui un desastre con esos temas y Asun aún no vivía conmigo... Allí le vi, tan alto, tan guapo, tan serio... Tan heterosexual... Pero no fue un amor a primera vista, no creas. Me hicieron falta algunos días para empezar a fijarme realmente en él, en el hombre bajo el hetero, quiero decir... Por suerte para Cupido, arreglar la dichosa hipoteca llevó más de tres semanas... Al entregarme su minuta estaba perdidamente enamorado... Pensé en inventar algún otro litigio, pero el caché de tu padre era tremendo.. No me lo podía permitir...

DAVID.- ¿Y...?

JUAN.- Me armé de valor y le invité a cenar. La excusa perfecta era el favor que me acababa de hacer al solucionar mi problema...

DAVID.- Y cenasteis...

JUAN.- No, no cenamos, impaciente... ¿Puedo marcar yo los tiempos de mi vida?

DAVID.- Sí, perdona...

JUAN.- ¡Y siéntate de una vez...! Con todo lo que te gusta andar seguro que les pones a esas pobres familias el baño en el quinto pino...

(DAVID **se sienta el fin.)**

DAVID.- ¿Contento?

JUAN.- Gracias... **(Tras una pausa.)** Rafael, como era de esperar, declinó mi ofrecimiento: «Gracias, pero yo no le hecho ningún favor, era mi obligación, para eso me paga...».

DAVID.- Mi padre siempre tan técnico... Insististe, claro.

JUAN.- No... **(Al ver la cara de** DAVID**.)** No, no insistí. Puedo parecer tremendamente avasallador, pero cuando uno está enamorado no es uno mismo... Es otro ser, desconocido, nervioso, trémulo, sólo pendiente de la mirada de su príncipe azul... Por cierto, ¿por qué se les llamará príncipes azules? Nunca he visto ninguno de ese color...

DAVID.- Por la sangre azul, supongo.

JUAN.- Ya... O sea, que lo que hay que hacer para comprobar su pedigrí es degollarles nada más los tengas al alcance de tu afilada navaja... Lástima haberte conocido tan tarde... Tienes ideas realmente sugerentes.

(DAVID **consulta su reloj.)**

DAVID.- ¿Cuándo volvisteis a veros?

JUAN.- Casualmente, en un cafetería... La casualidad la estuve preparando yo tres semanas, por supuesto... Nunca había conocido a nadie tan poco proclive a tomarse un café... Yo, el rey de la nada más absoluta, de la «dolce vita», del no dejes para mañana lo que puedas hacer pasado, o no hacer nunca, estaba francamente abrumado...

DAVID.- ¿Le espiaste tres semanas?

JUAN.- Sí... Y, al final, en un celestial derrumbe de biorritmos, supongo, entró en aquel café... Calle Serrano esquina a Hermosilla... Ya no existe, ahora hay una hamburguesería... Ya ves, todos mis recuerdos acaban convertidos en bebida o en comida...

(DAVID **consulta de nuevo su reloj.** JUAN **repara en ello.)**

JUAN.- **(Repentinamente serio.)** ¿Tienes prisa?

DAVID.- Eh... No.

JUAN.- Entonces, ¿por qué miras tanto tu reloj?

DAVID.- Es una manía.

JUAN.- Una manía francamente desagradable...

DAVID.- Creí que no te molestaban los vicios ajenos.

JUAN.- Sólo cuando no me afectan directamente... Estar aquí, escarbando en la memoria, removiendo las losas de un pasado que no me conviene desenterrar y ver como tú escudriñas las manecillas de tu reloj no resulta muy placentero...

DAVID.- Lo siento. Está bien... En realidad he quedado.

JUAN.- ¿Y por qué mientes?

DAVID.- No quería parecer maleducado.

JUAN.- ¡Pues lo has conseguido! No hay nada mejor que la mentira para acabar pareciendo lo que uno es en realidad.

DAVID.- ¿Te parezco un maleducado?

JUAN.- Sí. Me lo pareces... Un maleducado y un necio... **(Enfadado.)** ¿Para qué quieres saber todo esto? ¿Qué necesidad tienes de conocer ahora a tu padre? No te importó un pimiento en vida, no pretendas ahora subirlo a un altar.. O tirarlo de él... No merece la pena... ¡Vete a tu cita!... Métele mano a esa rubia tonta con la que has quedado... Sé feliz, vive tu vida... O al menos inténtalo...

DAVID.- ¡He dicho que lo siento! ¿No te basta con que me disculpe?

JUAN.- No... No quiero disculpas ni excusas. Quiero la verdad.. ¿Dónde pretendes llegar?

DAVID.- Hasta el final.

JUAN.- Enternecedor... ¡Pero si no hay final!... La vida es una perfecta ensaimada mallorquina. Cómetela, pero no pretendas comprenderla... Ni sacarla de su asombrosa circunferencia.

DAVID.- Tú conociste a mi padre, al menos de una manera en que nadie le ha conocido nunca, ni siquiera mi madre... Esas cartas hablan de una pasión, un desgarro que nunca le vi, que

nunca le perteneció...

JUAN.- A lo mejor es que nunca fue suyo.

DAVID.- ¡Pero está ahí escrito!

JUAN.- ¡Y dale con el poder de la palabra escrita!... No he conocido a nadie tan testarudo al respecto... Si exceptuamos a Moisés y sus tablitas.

DAVID.- **(Harto.)** ¡No juegues más conmigo! ¡Estoy harto de que te rías de mí!

JUAN.- Francamente, creí que eras más listo que tu padre... Pero estaba equivocado. Mi olfato me ha engañado... Y no suele hacerlo... Tienes el cerebro en el mismo sitio que él... Aquí... **(Se señala la cabeza.)**

DAVID.- ¿Y dónde tendría que estar según tú?

(JUAN **se señala el corazón.)**

JUAN.- Aquí... Ésa es la diferencia abismal que separa a vencedores y vencidos, a triunfadores y fracasados... Deja tu cerebro en tu cabeza, no te compliques la vida... Vete a tu cita... Triunfa... Y olvídame.

(DAVID **se levanta al fin. Parece realmente enfadado.)**

DAVID.- Ya empiezo a comprender por qué mi padre y tú pudisteis estar juntos... A fin de cuentas tratáis a las personas de la misma forma, como a seres inferiores, con ese desprecio que da el saberse inteligente, especial... Pero déjame que te diga algo, Juan. Mi padre y tú teníais algo más en común, aparte de eso: la soledad.

(DAVID **se aproxima a** JUAN**.)**

DAVID.- Puede que en algún momento de tu vida fueras de otra manera, pero ahora no eres más que un viejo amargado. Y

solo...

JUAN.- Este viejo amargado quiere que te marches para poder estar solo de verdad...

(DAVID **tras mantenerle la mirada, se aleja unos pasos. Se vuelve antes de salir por completo. Parece que va a decir algo.)**

JUAN.- No, no quiero oír ninguna frase lapidaria antes de que desaparezcas. Vete en silencio. Ten al menos un poco de clase... A tu padre le hubiera gustado.

(DAVID **le mira un instante. Después sale de escena.** JUAN **se queda unos segundos pensativo. Al fin se dirige al público.)**

JUAN.- Se fue... Enfadado, muy enfadado, pero seguro, muy seguro, de haberme hecho daño, un mérito del que no todo el mundo puede presumir... **(Tras un momento.)** Qué parcial es nuestra visión de la realidad... Uno mira nostálgico como cae el sol sin percatarse de que en algún lugar del mundo ese mismo sol se levanta y otro imbécil lo admira embelesado... El mismo sol, pero distintos ojos.. Distinto cerebro... Distinto corazón... **(Vuelve a tocarse el corazón. Vuelve a callar unos instantes.)** Sí, aquí estoy, solo... Con la tremenda sensación de haber malgastado mi vida... Ni mi hermana ni Rafael ni siquiera mi gato están ya... Sólo yo... Mi error fue no darme cuenta de algo fundamental: Para amar no hacen falta dos personas, sólo que uno lo desee... El amor no siempre es un binomio.. Puede ser un largo, solitario y aterrador monólogo... Háganme caso... No se enamoren nunca de alguien que les desprecie... **(Tras una nueva pausa.)** David llegó aquí queriendo respuestas, las mismas que yo busqué durante años infructuosamente... Él nunca conoció a su padre... Yo nunca conocí a Rafael... A él la duda le corroe... A mí la seguridad me anula... Quizá en el fondo nos hubiera venido bien charlar un poco más... Quizá lo hagamos... Quién sabe... Quién sabe...

(JUAN **toma aire lentamente por la nariz, como oliendo el tiempo y espacio. Oliendo su propia soledad.)**

Acto II

Escena IV

Sentado en el suelo y vestido con un pantalón vaquero y una camiseta, DAVID **escucha la música que sale de un viejo tocadiscos. Su cara tiene una expresión de serena tristeza. Tras unos instantes, comienza a hablar.**

DAVID.- Mi padre coleccionaba discos antiguos. Los escuchaba en su viejo tocadiscos, el de su época de estudiante universitario... Sus preferidos eran los de boleros... «Ya no se hacen canciones así...» Los ponía una y otra vez, sobre todo en los últimos años de su enfermedad... Los trataba con mimo, limpiándolos una y otra vez, temeroso de que una mota de polvo o una huella pudiera enturbiar el dulce sonido de sus surcos...

(DAVID **queda en silencio, escuchando la música.)**

DAVID.- Mi padre nunca me acarició...

(DAVID **enciende un cigarro.)**

DAVID.- **(Se justifica.)** El último...

(DAVID **escucha de nuevo la música.)**

DAVID.- **(Reflexivo.)** Quizá no sea del todo verdad lo que acabo de decir... En una ocasión me llevó al cine, a ver una de las más crueles películas de la historia... «Bambi»... Nunca olvidaré los lagrimones que caían por mis mejillas al presenciar la muerte de esa pobre cierva... Era casi como ver morir a mi propia madre... Mi padre, al verme tan compungido, me sentó en sus rodillas y me acarició el pelo con ternura, repitiéndome al oído, en voz baja, una y otra vez, que no llorase más, que la madre se había tenido que ir, pero que todo estaba bien... ¡Y una mierda! Nada estaba bien... La madre de Bambi no estaba bien, estaba absolutamente muerta... Y Bambi peor, destrozado psicológicamente... Supongo que lo que mi padre quería evitar con los mimos era el sonoro escándalo que yo estaba montando... De hecho, fue la primera y última vez que me llevó al cine... Sí, mi padre me acarició en una ocasión... Pero nunca sabré por qué lo hizo...

(Suena el teléfono. DAVID **sigue escuchando la música. No parece tener intenciones de contestar.)**

DAVID.- Era Juan... Llamó varias veces... Intentaba verme de nuevo, pero no me pareció una buena idea... Así que le dije que no.

(El teléfono deja de sonar.)

DAVID.- Pero ya sabemos todos lo perseverante que son algunas personas cuando desean algo...

(Vemos entrar por un lateral a JUAN**. Viste de una manera más seria que antes. Se acerca a** DAVID**, que continúa sentado en el suelo, escuchando la música. De repente** DAVID **levanta la vista y le descubre.)**

DAVID.- **(Un poco molesto.)** ¿Qué haces aquí?

(DAVID **levanta la aguja del tocadiscos. Abruptamente la música deja de sonar.)**

JUAN.- Si la montaña no viene a Mahoma...

DAVID.- No quiero verte...

JUAN.- Demasiado tarde. Lo más que puedes es intentar no oírme...

DAVID.- O pedirte que te marches de mi casa...

JUAN.- ¿Lo vas a hacer? No lances nunca amenazas que no estés dispuesto a cumplir... Es poco elegante.

(DAVID **se levanta al fin.)**

DAVID.- ¿Quién te abrió?

JUAN.- **(Con cara de susto.)** Tu padre... O al menos ese berrinche me he llevado...

DAVID.- Es Jorge...

JUAN.- ¿El mediano?

(DAVID **asiente.)**

JUAN.- El mayor sacó la carita de mamá y el mediano, de papá...

DAVID.- Sí.

JUAN.- ¿Y tú?

DAVID.- No lo sé. No me encuentro ningún parecido con nadie.

JUAN.- Ah, pero, ¿nunca te dijeron lo de tu adopción?

DAVID.- **(No está para bromas.)** ¿Qué quieres?

JUAN.- ¿No me vas a invitar a tomar nada? Asun se debe estar revolviendo en su tumba.

DAVID.- En realidad estaba a punto de salir...

JUAN.- Vaya... ¿De nuevo la rubia?

DAVID.- **(Autosuficiente.)** No. Ésta es morena...

JUAN.- Normal. Debajo de todas las rubias hay una morena. Ya no quedan cosas auténticas... **(Tras una pequeña pausa.)** ¿Por qué cambias tanto de pareja?

DAVID.- Soy joven, quiero vivir...

JUAN.- ¿La promiscuidad es más viva?

DAVID.- Vaya, pensé que tú eras defensor de la «dolche vita» más absoluta...

JUAN.- Por supuesto, pero para vivir el momento hay que ser capaz de sentir, de apreciar... De oler... **(Vuelve a aspirar con placer el aire que le rodea.)** Y eso lleva su tiempo.

DAVID.- ¿Te puedo preguntar algo?

JUAN.- Puedes.

DAVID.- ¿Por qué te pasas la vida oliéndo todo?

JUAN.- Porque es el más fiel de los sentidos, el más directo... Nunca falla, nunca miente. Puedes engañar a la superficial vista, al selectivo oído, al malévolo tacto y cómo no, al variopinto gusto... Pero no puedes engañar al olfato... El olfato no admite dudas... Siempre se ha dicho, «tiene olfato para los negocios» o «esto no me huele nada bien» por no citarte el «algo huele a podrido en Dinamarca»... Siempre el olfato como referente de verdad, de autenticidad, de instinto... Es el rey de los sentidos...

(DAVID **le sirve al fin una copa.)**

JUAN.- Veo que mi disertación olfativa te ha conmovido... Gracias.

(JUAN **le mira de arriba abajo.)**

DAVID.- ¿Qué miras?

JUAN.- Estás mucho más guapo así. Es más tu estilo: informal.

DAVID.- En cambio a ti te veo un poco...

JUAN.- ¿Clasicona? Para serte sincero, estuve dudando hasta el último momento entre una gran pamela roja a juego con el bolso y los zapatos y este traje de oficinista mal encarado... Obviamente me decanté por lo segundo... Que conste que lo hice por ti...

DAVID.- **(No puede evitar reír.)** Hombre, no haberte molestado... Un poco de color no le vendría mal a este vecindario...

(DAVID **le tiende su copa. Él también se ha servido una.)**

JUAN.- **(Al ver la copa de** DAVID**.)** Te lo agradezco... Odio beber solo, aunque he terminado por acostumbrarme... ¿Por qué vivir y beber se parecerán tanto? A mí siempre me han sonado igual: vi-vir... Be-ber... Además, nunca he conseguido escapar de ninguna de las dos cosas...

DAVID.- No creo que arrojarse al alcohol sea la mejor manera de afrontar la vida...

JUAN.- Alcohol, tabaco, drogas, dependencias.. ¿qué más da? No, tienes razón... **(Mira su copa.)** Puede que no sea la mejor manera, pero un buen día te das cuenta que es la única que te queda... Brindemos por ello.

(DAVID **no contesta.** JUAN **bebe de su copa (después de oler su contenido, claro está.). Da un paseíto por la habitación.)**

DAVID.- Hoy eres tú quien da paseos...

JUAN.- **(Mirando a su alrededor.)** Siempre imaginé cómo

sería esta casa... Dame un respiro.

(Tras unos instantes en que observa como JUAN **camina observándolo todo,** DAVID **habla al fin.)**

DAVID.- ¿Me vas a decir a qué se debe esta visita?

JUAN.- Creo que nuestra última conversación no fue muy... **(Busca la palabra.)** civilizada.

DAVID.- Yo lo intenté.

JUAN.- Pero yo no... Por eso he venido.

DAVID.- ¿Por qué siempre le das la vuelta a todo? Me pones muy nervioso.

JUAN.- Me gusta ver las cosas por dentro... Claro que, al darle la vuelta, el interior vuelve a estar a cobijo de mis ojos... Soy un Prometeo encadenado a mi propia curiosidad... **(Como si tal cosa.)** ¿Qué haces viviendo en esta casa?

DAVID.- ¿Qué tiene de malo esta casa?

JUAN.- Nada, excepto que no es tuya... Es la casa de tus padres... Tienes treinta y un -«no aparentados pero cumplidos»- años... Un trabajo, una vida propia... ¿Por qué no te marchaste hace tiempo?

DAVID.- Por comodidad, supongo.

JUAN.- **(Como a un niño.)** No, no, no... Mentiroso... **(Serio.)** Lo siento, no volveré a hacerlo... Supongo que es la herencia que me queda de mis días docentes... **(Le alarga la copa.)** ¿Tu generosidad llega tan lejos?

(DAVID **le pone la botella delante de la copa.)**

JUAN.- Tu generosidad no conoce límites... **(Mientras se sirve.)** Yo creo que no te has ido por miedo... Miedo a ser mayor.

DAVID.- **(Busca argumentos.)** Mi hermano Jorge también

vive aquí.

JUAN.- Ya, pero ése por otras razones. No hay más que verle esa cara de Rafael para darse cuenta de que no tiene miedo a nada... O al menos no se permite tenerlo... **(Le mira fijamente.)** Pero esos ojos...

DAVID.- **(Le sigue el juego.)** ¿Qué ves en ellos...?

JUAN.- Necesidad de cariño, de aprobación, de sentirte importante.

DAVID.- No soy tan sensible como me pintas...

JUAN.- Nadie es como se le pinta. Por eso la pintura es un arte y las fotos del carné de identidad, no...

(DAVID **deja su copa sobre la mesa.)**

DAVID.- ¿Adónde quieres llegar, Juan? Por favor, dímelo... No quiero verte dar vueltas y vueltas sigilosamente para al final llevarme al lugar al que tú has planeado llevarme...

JUAN.- Me gusta que me vayas conociendo... ¿Y a qué lugar crees que te quiero llevar?

DAVID.- Si es a que te confiese mi supuesta homosexualidad, pierdes el tiempo: no soy gay, ¿está claro? No todo el mundo es gay. Es algo que los que lo sois deberíais asumir...

JUAN.- Tranquilo... Estoy seguro de que no eres gay, David. No es tan fácil ser gay como la gente se piensa. No, no... Hacen falta años de estudios, de preparación, de entrega... En muchos casos de dolor... Tú no cumples esos requisitos... Contigo la vida ha sido muy amable... Ya, ya sé que echaste de menos más cariño de papá y quizá un poco menos de mamá, pero no te faltó nunca de nada...

DAVID.- No todo se compra con dinero...

JUAN.- Esa frase sólo la he oído en boca de aquellos que siempre tuvieron de todo...

DAVID.- Tuve suerte en ese aspecto...

JUAN.- Pues que sepas que es una suerte que no todos hemos compartido...

DAVID.- La verdad, no te imagino pasando hambre...

JUAN.- No hace falta que eches mano de la imaginación... Basta con repasar los libros de historia... En este país no había de nada después de la guerra... Sólo hogares destrozadas, odios y necesidad... Claro, como siempre, unos pocos disfrutaban de todo. Y por duplicado... Pero desde luego, mi familia no estaba incluida en esa maravillosa y bien surtida Arca de Noé... Sí, pasé hambre... No fui pobre de solemnidad, sobre todo porque solemne, lo que se dice solemne, no he sido nunca, pero en más de una ocasión me quedé sin cena... Y te puedo asegurar que mis padres estaban tan preocupados por el día a día, por sacar a su familia adelante, que no desperdiciaban muchas energías en mimar a sus hijos...

DAVID.- ¿Y porque tú tampoco tuvieras ese cariño justificas su ausencia?

JUAN.- ¡Por supuesto que no! Pero, como en el caso de tus padres, los míos llegaron hasta donde podían llegar... Su mundo, sus necesidades, su escala de valores abarcaba hasta un límite. Y se acabó... No pidas más...

DAVID.- Debiste querer mucho a mi padre para defenderle con tanta vehemencia...

JUAN.- **(Sonríe con cierta amargura.)** Sí, le quise, con obsesión, que es la peor forma de amar... Le quise más de lo que puedas imaginar... Pero no le defiendo, David... Créeme que no le defiendo... ¿Quieres saber de una vez a qué he venido?... He venido a decirte quién era tu padre... Quién era «mi amante», ya que tu insistencia es tan desmesurada como tu ingenuidad...

(JUAN **saca un fajo de cartas de una cartera negra que ha traído consigo. Las deja sobre la mesa.)**

JUAN.- Éstas son las cartas que yo envié a Rafael... Te las devuelvo, son tuyas... Guárdalas... O quémalas de una maldita vez. En cualquier caso yo no las quiero...

(JUAN **saca otro fajo de cartas.)**

JUAN.- Y éstas son las cartas que tu padre me envió a mí...

(DAVID **se acerca interesado.)**

JUAN.- **(Señala las nuevas cartas.)** Éstas y no éstas **(señala las antiguas.)** son las que deben importarte, las que te hablan de cómo sentía Rafael... Cómo amaba.

(DAVID **mira los sobres, pero no se atreve a abrirlos.)**

JUAN.- Una pareja son dos. Hay que informarse antes de emitir un veredicto... Y aún así, es mejor callar. Nadie sabe nunca lo que ocurre entre dos seres que se aman... Nadie más que ellos... Y el propio amor.

DAVID.- ¿Puedo leerlas?

JUAN.- No, aún no...

(JUAN **aparta los sobres.)**

JUAN.- Son para ti, impaciente, no temas... Un regalo de despedida... Pero antes déjame que saboree este whisky... **(Bebe un sorbo.)** Hummm, malísimo, por cierto... Hazme caso, ya que castigas tu cuerpo, hazlo con mejores fustas...

DAVID.- **(Ensimismado.)** Las cartas escritas por mi padre... Ni siquiera había pensado en ellas...

JUAN.- No hace falta que lo jures... Yo te doy la información que tú quieres, pero antes tú debes darme algo a mí... **(Aclara.)** Tranquilo, no voy a pedirte que te desnudes... Por mucho que ese vaquero resalte un culo sobrenatural, yo hace mucho que pase a ser todo un Ángel... Sin sexo y con mucha pluma, ya sabes...

DAVID.- ¿Qué quieres?

JUAN.- La verdad...

DAVID.- ¿La verdad? ¿Sobre qué?

JUAN.- Sobre tu padre... ¿Qué sientes por él?

DAVID.- Querrás decir qué sentía por él...

JUAN.- No. Quiero saber lo que sientes ahora. En un féretro no se entierran los rencores o las dependencias... Siguen más allá, persiguiéndonos toda la vida... Los verdaderos fantasmas que nos acosan son nuestras preguntas sin responder, no las almas de los pobres muertos que, a fin de cuentas, ya no tienen nada que decir... ¿Qué sientes por tu padre?

DAVID.- No lo sé...

JUAN.- Eres un cobarde. Esa respuesta no me vale... **(Agarra las cartas.)** Creo que será mejor que me vuelva a casa con mi cargamento...

DAVID.- ¡De verdad no lo sé...!

JUAN.- ¡Pues en fundamental que lo sepas...! Esa decisión no depende de lo que encuentres escrito en estas cartas, no... Depende de ti, de tus propias limitaciones y expectativas... Era tu padre, bueno o malo, fue el que te tocó en esta disparatada ruleta de la vida... ¡Piénsalo!

DAVID.- **(Tras una pausa.)** Le amo por todo lo que me dio y le odio por todo lo que me negó...

JUAN.- Vaya, luego resulta que la opinión de que el amor es puro egoísmo, es mía...

DAVID.- Cuando no levantas ni medio palmo del suelo necesitas mucha atención...

JUAN.- Tú querías más, David...

DAVID.- ¡Pues claro que quería más! Tenía derecho a más... ¡Yo no elegí que me trajeran al mundo! Lo mínimo era aplaudirme un poco después de obligarme a salir a escena...

JUAN.- Tienes razón, David. El mundo es un teatro... Pero vacío... Nadie está dispuesto a ver el espectáculo completo... Lo más, un par de escenas... Y eso con suerte...

DAVID.- Pues si sólo eres capaz de pensar en ti, no deberías tener hijos...

JUAN.- Uno no puede dar lo que no posee... Y tu padre no sentía amor por nadie... ¿Y sabes por qué? Porque no se amaba a sí mismo...

DAVID.- **(Un poco dolido.)** Mira, no creo que tú te hayas llevado la peor tajada en el reparto de afectos...

JUAN.- **(Molesto.)** ¿Qué sabes tú de nada? ¿Qué crees, que borrarme de la historia hubiera supuesto una mayor ración de besos en esta casa? ¿Eso piensas?

DAVID.- Sí...

JUAN.- Pues vuelves a estar equivocado... Los besos no son contables, como las cartas, los discos o las botellas de whisky... Quien tiene besos y amor que regalar no lo escatima, no lo raciona como un usurero que espera negociar con su preciada mercancía... Lo regala sin más.

DAVID.- Pues mi padre sería un usurero. Pero eso es algo que a ti no te afectó nunca...

(JUAN **se queda mirando a** DAVID**. Tras una pausa se decide a hablar.)**

JUAN.- Quizá ha llegado el momento de darte esas malditas cartas... Pero antes, dime sólo una cosa más... ¿Estás enamorado?

DAVID.- ¿Enamorado? ¿Qué tiene que ver...?

JUAN.- **(Le interrumpe.)** ¡Sí, enamorado! De esa rubia, o de la morena o de la que sea... ¿Lo estás? ¿Lo has estado alguna vez?

(DAVID **no contesta.)**

JUAN.- Ya veo que no. Nadie que lo ha estado tarda tanto en contestar...

DAVID.- No creo en la pareja...

JUAN.- ¿Por qué?

DAVID.- Porque yo no soy como tú, Juan. Yo creo lo que veo... Nunca vi amor entre mis padres, sólo una tolerancia gris y anodina... No quiero repetir esa historia...

JUAN.- Pues siento decirte que lo estás haciendo... Si no hay amor en tu vida, entonces Rafael gana... Te dejó la lección bien aprendida...

(DAVID **no sabe qué decir.** JUAN **coge las cartas y se las alarga.)**

JUAN.- Léelas...

DAVID.- Si tú crees que es mejor que no...

JUAN.- **(Le interrumpe.)** ¡Léelas, maldita sea!

(DAVID **abre un sobre y saca una de las cartas. Mira a** JUAN **desconcertado.)**

DAVID.- Está en blanco...

JUAN.- Lee otra entonces...

(DAVID **saca otra carta. Vuelve a estar en blanco. Luego otra.)**

DAVID.- Todas están en blanco...

JUAN.- Esas eran las cartas de amor que tu padre me escribía, David... Folios en blanco metidos en un sobre con mi nombre y dirección... Sólo me envió una carta de su puño y letra: la primera...

(JUAN **saca un sobre del bolsillo de su chaqueta. Lo abre y lee.)**

JUAN.- «Estimado señor Martín: Después de nuestro casual encuentro en aquel café la pasada semana y habiendo meditado sus palabras, le ruego sea tan amable de no volver a contactar con mi bufete. Estoy seguro que algún otro compañero abogado se podrá hacer cargo de todos sus asuntos legales. Atentamente, Rafael Duque... 13 de Abril de 1967».

(JUAN **deja de leer.)**

JUAN.- Ésta fue su única carta... Yo, ya me conoces un poco, no soy de los que apagan la hoguera mientras quede un solo rescoldo... Me tragué el orgullo que nunca tuve y volví a espiarle, a hurtadillas, como quien persigue algo frágil y etéreo, que se puede fragmentar en mil pedazos si alguien lo agita con demasiada energía... Nuestra segunda reunión tuvo lugar en un parque... Fue breve, seca... Me dijo que no quería hablar más de «ese» tema... Yo le conteste que «ese» tema quemaba mi alma, hacía que todo lo que me rodeaba pareciera vacío e innecesario... Él fue inflexible: «Prefiero pensar que esta conversación no está teniendo lugar...». Eso sí, juró que nunca nadie sabría por su boca nada acerca de mis «desviaciones»... Yo le agradecí el detalle, pero mi deseo me daba valor y fui más allá... Le pedí... **(Se corrige.)** Le supliqué que se carteara conmigo. Antes de que un nueva negativa saliera de sus labios volví a hablar... «No, Rafael, no necesito que tú escribas nada... Sólo quiero que me envíes cartas en blanco... Mi amor escribirá por ti las líneas que nunca surgieron de tus manos, las palabras que nunca serán dichas, las caricias que no sentiremos»... Por un momento pareció conmovido, o eso me apetecía suponer, pero... No estaba dispuesto a hacer tal cosa... Le parecía una nueva perversión... Y se marchó... Me quede allí, en un banco, en ese mismo banco en el que me senté cuando supe que había muerto, y no pude levantarme en horas... No hay nada más querido que lo que no podemos tener, beso más hondo que el que nos niegan... Yo deseaba a tu padre, tanto como nunca desee a nadie... Y el hecho de que él no consintiera, no ya en amarme, sino tan sólo en que yo le amara, lejos de hacerme infeliz me impulsó a balancearme en una dorada sensación de esperanza:

«¿Y si realmente no se atreve? ¿Y si es el miedo y no la falta de sentimiento lo que motiva su rechazo?... Hace treinta años ser gay no era como hoy en día... Hace treinta años había que dar gracias cada día porque te dejaran respirar... **(Tras una pausa.)** Sí, me decidí a creer que tu padre sentía algo por mí... Algo que ni siquiera él podía aceptar, pero algo... Es tan sencillo darle alas a la ilusión... Esas fantasías me animaron de nuevo a escribirle... Durante días esperé una respuesta... Cada mañana consultaba desolado el desnudo buzón que me negaba el más mínimo consuelo... Y un día llegó... Radiante como una luna llena... Y blanco como esa misma luna... Rafael había accedido a mis deseos... Me enviaba lo que yo le pedí... Hacía realidad mis sueños... ¿Era posible? Sí, lo era... Fui tan feliz con aquel folio en blanco... Rellené ese desierto implacable con el espejismo de una vida en común, de una relación imposible y absurda... Le escribí una nueva carta llena de esperanza, dejándome caer en el abismo de la locura y la felicidad, celebrando nuestra dicha... Y obtuve de nuevo una respuesta... Durante treinta años tu padre fue mandándome cartas en blanco, cada vez más espaciadas, pero en un fluido cauce que sólo terminó poco antes de su muerte... Esa fue nuestra «maravillosa» historia de amor... Una ilusión, un juego de manos siniestro que yo mismo inventé... Rafael sólo fue cómplice de mi jugada, pero la partida la gané yo... ¿Cuál fue el premio? Tú tenías razón: Mi tremenda soledad... No es que en estos años no tuviera alguna aventura esporádica, algún cuerpo al que aferrarme con desesperación, con ansias de ser tenido en cuenta... Por supuesto que sí... Pero nadie podía ocupar el lugar de él... ¿Y sabes por qué? Porque su amor era mi mismo amor, el que yo inventaba... Y nadie podía superar lo que yo me daba, lo que yo creaba para mí... Nadie me conocía mejor que ese hombre de ficción que nunca existió... Mi miedo a vivir de verdad, a ser amado por una persona y no por un imposible, me atenazaba con solidez a esa prisión de sueños y mentiras... La infelicidad es mucho más confortable que la dicha, más cómoda... No tienes que tomar las riendas de tu vida, tan sólo repetir una y mil veces: «No puedo hacer nada para evitarlo...».

(Comenzamos a oír de nuevo el suave sonido del viento.)

JUAN.- Siempre me ha gustado escuchar el sonido del viento, tan suave en su continuo y perseverante camino... El viento no hace daño, no te hiere, pensaba... Tan sólo te balancea de un

lado a otro, revuelve tu pelo, tu ropa, pero no tu corazón... Sin embargo, el viento no es sólo ese viento que yo amaba, que me hacía sentir seguro... El viento también puede ser huracán que destroce tu vida y tus sentimientos si no sabes alejarte a tiempo... Cuando Rafael accedió a mis ruegos, enviarme unas inocentes cartas en blanco, me lanzó una larga soga que yo enredé a mi cuello durante treinta años... Y el viento se hizo herida...

(JUAN **se toma un instante para recuperar la calma y poder seguir hablando.)**

JUAN.- La razón por la que tu padre se carteó conmigo, aunque sólo fuera de esa singular manera, nunca la supe... Nunca la sabré... A lo mejor en el fondo de su corazón, más allá de lo reconocible, había un pequeño espacio con mi cara y mi nombre, con mi voz y mi mirada... Un rincón de amor que sí podía ser mío... A lo mejor no... Seguramente no... Si lo que buscabas en mí era la confirmación de que tu padre fue un ser humano, con dudas, alegrías, pasiones, siento no poder ayudarte... No tengo la más remota idea... Siento decepcionarte... No puedo hacerlo... Y tú tampoco, asúmelo... Culpar a los demás es tan fácil... Y tan cobarde... **(Tras una pausa.)** Tu padre te llevó una vez al cine... Fue una película de dibujos animados, «Bambi» creo recordar...

(DAVID **le mira desconcertado.)**

JUAN.- Desde la acera de enfrente, cómo no, mi lugar natural, os espiaba... Vi tus pequeños ojos negros llenos de miedo ante la visión de aquella terrible historia de soledades y muerte... Sé inteligente y elige bien la película que quieres presenciar el resto de tu vida, estás a tiempo...

(Los dos se quedan en silencio unos instantes. DAVID **ha comenzado a llorar.)**

JUAN.- Y ahora será mejor que me marche... Tú necesitas

cambiar muchas cosas... Yo necesito aceptar otras... Es una pena que no podamos ser amigos, pero no estoy dispuesto a volver a sufrir... Tuve bastante con un Sr. Duque, no podría soportar enamorarme locamente de su hijo, porque me enamoraría de ti, tenlo por seguro... Amar no es más que las ganas de amar... Y yo siempre tuve demasiadas... Lástima que nunca me permitiera escoger el destinatario adecuado para mis cartas... Para mi vida... Cuídate, pequeño David... No tienes nada que hacer contra un Goliath muerto y enterrado... Perdona a tu padre... Es la única manera de que al fin te perdones a ti mismo...

(JUAN **sale de escena lentamente, mirando a su alrededor, oliendo el espacio y el recuerdo, seguro de que nunca más pondrá los pies en esa casa.** DAVID **se va recuperando poco a poco del llanto. Al fin, se acerca a las cartas que** JUAN **ha dejado. Coge un mechero y comienza a quemarlas, en un doloroso ritual de despedida. Después se aproxima al borde del escenario, al mismo lugar en que comenzó la acción.)**

DAVID.- Empecé a conocer a mi padre el día en que murió... Un poco tarde, ¿verdad? ¿O quizá era el momento adecuado? **(Parece reflexionar un instante sus propias palabras.)** Sí, era el momento adecuado... No sé quién eras papá, nunca lo sabré... Pero sé que eras mi padre... Ahora me basta con eso... **(Tras una pausa.)** Me debe bastar con eso.

(La luz cenital desaparece poco a poco.)

FIN